



Escritoras puertorriqueñas en el siglo XXI: creación y crítica

Ana Belén Martín Sevillano (ed.)

TINKUY **BOLETÍN DE** **INVESTIGACIÓN Y DEBATE** **Nº 18 – 2012**

© 2011, Section d'Études hispaniques
Département de littératures et de langues modernes
Faculté des arts et des sciences
Université de Montréal

ISSN 1913-0481

Marithelma Costa

El apartamento

Era, cierto es, un apartamento más de aquella larga hilera de espacios unifamiliares que constituía mi nuevo domicilio. Pero una atmósfera intrigante lo cernía. Intrigante, amenazante, sospechosa. La puerta 609 del edificio Park Boulevard compartía con su entorno un cierto aire de cotidianidad que, para una persona menos perspicaz que yo, no tenía por qué constituir peligro alguno.

Pero desde que tras mi llegada de Nueva York aquel 4 de agosto, vi el largo pasillo que llevaba a mi estudio, comencé a sentir una inexplicable desazón, un terror a flor de piel: la inminencia de una hecatombe.

En realidad, no había razones para alarmarse. La mayoría de las puertas, todas de caoba, mostraban sus números en unas placas metálicas, que se remontaban a la época de la construcción del inmueble. Otras, y entre ellas la que se hallaba justo al lado de la mía, habían sido pintadas de blanco y lucían un alegre cuadrado salvadoreño donde, entre flores y pájaros polícromos, se anunciaba el número de la vivienda. El problema radicaba en que de las veinte entradas de aquel infinito pasillo, la del apartamento 609 era la única que estaba enrejada. Una reja gris, desprovista de adornos. Una reja que en una ciudad dominada por los gatilleros en potencia y los atracadores sin escrúpulos, no tenía por qué llamar mi atención ni producir las transformaciones que se dieron en mi vida a partir de aquella calurosa tarde de agosto.

A veces pienso que no era sólo mi piso, sino todo el condominio; y lo que me sucedió en el sexto, hubiera podido pasar en el quinto o en el dieciocho. A menudo tengo la sensación de que todo estaba decidido de antemano. No había forma de escapar. Se trataba de lo que los antiguos llamaban el sino.

El edificio era una delicia. Grande, bien construido, dotado de un amplio estacionamiento y un extenso jardín repleto de palmeras, árboles frutales, hamacas y banquitos. También había una gran piscina olímpica —que fue lo que animó a mis sobrinos a escogerlo entre los múltiples que ofrecía la agencia—, dos canchas de tenis, varias mesas de ping pong y hasta una zona para que los muchachos guardaran sus kayaks, *paddleboards* y tablas de *surfing*.

Por todas partes se respiraba la misma combinación de tranquilidad y confianza que caracterizaba la vida en el Puerto Rico de aquella época. Judíos de Brooklyn y Queens que por primera vez, empolvados y felices, se proponían cambiar de estilo de vida. Guardias sordos y locuaces, jóvenes deportistas. Hasta una tarde alcancé a vislumbrar a un reconocido jugador de baloncesto que se reponía de un sonado accidente automovilístico. Se trataba del paraíso, cierto es. Era una gran casa.

Pero al tercer día de haberme instalado en el estudio, cuando volvía de mi hora diaria de natación, me percaté de que en el apartamento 609 alguien impartía clases de chelo. Un chelo suave, acompasado. Un maestro de dulce voz que explicaba, en un perfecto inglés británico, la ligazón de las notas, el ritmo de los compases, la importancia de las frases. Frases que la alumna, de quien apenas se escuchaban los *yes of course* y los *I'm very sorry*, se había visto obligada a recomenzar varias veces desde que me despedí de la vecina del noveno en el ascensor y comencé a recorrer el pasillo. Aquella tarde me sentía relajada, y la vecina —que no era otra que la agente de la inmobiliaria— acababa de compartir conmigo

una receta de flan de queso. Sin embargo, cuando pasé frente a la puerta vi que estaba entornada y sentí un escalofrío.

Llegué a la mía. La abrí y cerré con rapidez, y me metí en la cocina a prepararme una tila. Al día siguiente no tenía ganas de levantarme. Agarré la novela de Henning Mankell que tenía en la mesa de noche, y cuando terminé la última página, me tomé una ración doble de pastillas. Desperté tras soñar que me habían invitado a un festival de poesía en Nicaragua y estaba en el mismo panel de Homero Aridjis, Derek Walcott y Gioconda Belli. Pero cuando me acerqué al micrófono para leer mis poemas, lo que salió de mi boca fue un trino de pajaritos.

Desperté empapada en sudor y con el corazón latiéndome a mil por hora. A pesar de ello, me duché, me vestí y bajé al supermercado a comprar los ingredientes para el postre. No quería ni pensar en lo que significaba aquella extraña pesadilla. Aproveché el viaje y también cogí una revista de farándula y media docena de yogures batidos. Al volver a mi apartamento, daban las cinco. Me acerqué a la reja del vecino y sólo alcancé a percibir un tic toc tic toc tic toc tic toc que no podía producir ningún reloj mecánico, ni ningún metrónomo. Eran unos golpes secos, acompasados. Y en aquel calor tropical, con dos bolsas de la compra en cada brazo, me vino un presentimiento atroz, una revelación súbita.

Pasaron los días. Traté de ignorar aquellos miedos infundados y retomar mi rutina. Seguir las instrucciones de los médicos: abandonar la escritura, dedicarme a los ejercicios y respetar el horario de las pastillas. Quería olvidar la larga estadía en la clínica que empezó la mañana en que me percaté de que las memorias que estaba escribiendo no iban a ninguna parte, y terminó cuando mis sobrinos alquilaron el apartamento de Isla Verde para facilitar mi cura. Borrar de mi mente las largas sesiones de terapia, las inyecciones nocturnas, las duchas frías.

A pesar de mis esfuerzos, una tarde de tormenta, una de esas tardes que hacen del Caribe un escenario perfecto para las películas de Hollywood, sucedió algo que transformó la casi normalidad que a duras penas había logrado imponer en mi vida.

Volvía del gimnasio, pues para entonces ya había incorporado a la hora de natación, una de *jogging* y dos de ejercicios aeróbicos. Prácticamente había logrado bloquear el terror que me infundía el violonchelista, y estaba considerando retomar mi libro. Me sentía feliz, casi eufórica. Parecía que por fin las pastillas y el deporte me habían hecho recuperar la masa muscular y la fe en mí misma. Era viernes. Había comprado varias latas de salmón para mis dos gatitos y esperaba ver de nuevo la película *Teorema* de Pasolini. Pero cuál no fue mi sorpresa cuando al entrar en el *lobby* escuché de lejos una melodía. No se trataba de un bolero de vellonera, ni de un reguetón del patio; sino de un tango compuesto por Astor Piazzola. Según comentaban los porteros, en uno de los apartamentos del sexto piso se había dado cita un quinteto de jazz, y desde hacía media hora estaban envueltos en un *jam session*. Cuando dijeron sexto piso, el corazón me dio un salto. A pesar de ello, no hice ningún comentario y me dispuse a enfrentarme cara a cara con mi destino. Entré en el ascensor, apreté el botón del sexto y empecé a respirar lentamente como me recomendaba mi terapeuta. Cuando al fin se abrieron las compuertas, una inusitada tesitura rítmica ocupaba el pasillo.

Envidiable situación, dirán ustedes. No a todo el mundo lo recibe a las seis de la tarde un relajante concierto tocado por cinco virtuosos. No todo el mundo vive en un apartamento de lujo frente a la playa con piscina olímpica y canchas de tenis. No todos tienen acceso al paraíso.

A medida que caminaba por el largo corredor, comencé a congraciarme con el músico. Me arrepentí de haber dudado de él. Le achaqué a mi condición —y al haberseme pasado alguna que otra vez la hora de los medicamentos— aquellas sospechas que, frente a la magnífica melodía que se escuchaba, me hacían abochornarme. Me sentía tan plácida y contenta que hasta me vino en mente invitarlo a mi apartamento a tomar el té de las cinco. Una taza de té con los *macarrons* de pistacho de La Dorée que mi amiga Josephine acababa de enviarme desde París, para que recordara los paseos que solíamos hacer juntas con sus perritos. Estaba dispuesta a compartir los bizcochos merengados que —para que no se me acabaran—, me comía a pedacitos, cuando toda la alegría que había acumulado mientras me acercaba a su puerta, se fue transformando en terror. Un terror que me arañaba por dentro.

Justo al poner el pie frente a su reja, sentí cómo la suave melodía de tango se convertía en una masa pegajosa que se me adhería a la piel. Las notas y las cadencias se transformaban en una gelatina fría y húmeda que primero se apoderó de mi brazo derecho, luego se movió hacia el omóplato, y lentamente me fue cubriendo la región lumbar, los glúteos y las pantorrillas.

De una sensación sonora, la música se había convertido en una sustancia táctil, en un engrudo pastoso que se pegaba a mi cuerpo con la fuerza de mil sanguijuelas.

Cuando entré en mi apartamento, los gatos se apartaron rápidamente de mí. Abrí las ventanas, y el efecto fue pavoroso. Al entrar en contacto con la brisa marina, el volumen de la música se incrementaba de tal manera que ya parecía un altavoz viviente. El mar, el mar, pensé, el mar es la única solución. Agarré las llaves y salí corriendo hacia la playa. Atravesé en un santiamén el área de la piscina. Corrí despavorida bajo los árboles de mangó, abrí el portón y me metí en el agua. La playa estaba totalmente desierta. Habían anunciado un frente de baja presión acompañado de marejadas. Pero no tenía otra alternativa. Un segundo más y aquello acabaría conmigo.

A la media hora empecé a tranquilizarme. Con cada brazada, las notas se iban desprendiendo de mi cuerpo. No me había equivocado: aquella sustancia era incompatible con el agua. Después de cuarenta minutos, la resaca comenzó a hacerse más y más fuerte. A pesar de ello, seguí luchando contra unas olas que amenazaban mi resistencia de nadadora de fondo. Entre la espuma que me rodeaba, alcancé a ver cómo el sol iba desapareciendo en el horizonte. A lo lejos, alcanzaba a ver la silueta del Fortín de San Jerónimo. El peligro era inminente, pero no me atrevía a salir del agua. Un grupo de jóvenes dio la voz de alarma. Llegó una lancha de guardacostas y entre varios hombres me subieron a bordo. Bajo el tenue resplandor del crepúsculo, los condómines presenciaron cómo me depositaban en la playa, me sacaban el agua de los pulmones, me daban los primeros auxilios. El edificio entero se había dado cita para presenciar el suceso. Todos estaban allí. Y en primera fila, los cuatro músicos junto al chelista. Cuando volví en mí, lo primero que vi fueron sus ojos almendrados y noté en ellos una sutil advertencia.

El azul de mi tez, que logré distinguir en el reflejo de los estetoscopios, contrastaba con el blanco de la chaqueta que me pusieron para que entrara en calor. Con el rosado de las mantas que usaron para cubrirme. Con el verde de la máscara de oxígeno y el gris de las paredes de esta clínica.

Ahora he perdido la playa, he perdido el apartamento, he perdido a mis dos gatitos. Según los médicos, lo que sucedió en el condominio puede repetirse y tengo

que abandonar la idea de vivir por mi cuenta. Yo los escucho amodorrada y prometo hacer lo que me digan. Sólo ruego que me permitan cerrar la puerta de la habitación, porque estoy segura de que tarde o temprano averiguará dónde estoy, y no quiero que me sorprenda desprevenida.